

Buen libro con prólogo de relleno

Conflicto y territorio en el oriente colombiano

VARIOS AUTORES

Cinep, Programa por la Paz, Odecofi, Colciencias, colección Territorio, Poder y Conflicto, Bogotá, 2012, 466 págs.

ESCRIBIR UNA reseña sobre una compilación o un libro colectivo es una tarea poco grata, porque a menudo es difícil encontrar unidad entre los autores o porque no existe un hilo conductor que entrelace los distintos artículos que conforman una obra. En estos casos, la tarea se complica porque es necesario hacer una reseña separada de cada escrito, si se trata, por supuesto, de ser serio y riguroso. No obstante, aunque el libro que ahora comentamos ha sido escrito por cuatro autores (descontando como autor a quien escribe el prólogo, hecho al que nos referiremos más adelante), a diferencia de las compilaciones hechas de afán y sin mucho criterio, presenta unidad temática, secuencia en sus capítulos y coherencia analítica, algo que de entrada debe ser destacado.

Estamos, además, ante un libro de investigación en el sentido estricto de la palabra, si por tal entendemos el producto de un arduo y esmerado trabajo que parte de proponer un tema, delimitarlo en el ámbito espacial, presentar con claridad el sustento teórico que lo alimenta, cotejar la mayor parte de información secundaria existente, consultar fuentes primarias, efectuar trabajo de campo y, por último, pero no menos importante, sintetizar en forma adecuada los resultados de la pesquisa efectuada. Todo esto, y mucho más, lo tiene este libro. En efecto, señala como tema de investigación el estudio de la compleja relación entre conflicto y territorio, en una región específica, como lo es el nororiente colombiano. Esta delimitación espacial se refiere a una *macrorregión*, que va más allá de las fronteras departamentales formalmente establecidas, y que comprende una vasta zona que cubre casi un tercio del país. En esa gran región están en su totalidad o de manera parcial los departamentos de Norte de Santander, Cesar, Santander, Boyacá,

Arauca, Casanare, Vichada, Meta y Cundinamarca. Para una mejor aproximación esta macrorregión ha sido dividida en veinticinco subregiones, con la finalidad de efectuar un estudio exhaustivo y diferencial de cada porción territorial. Para aprehender esta gran región los autores acuden a la noción marxista de formación económica y social para dar cuenta de su preocupación por analizar una realidad concreta, histórica y espacialmente delimitada.

Esta formación social es estudiada a partir de unos conceptos teóricos a los que se les dedica un apartado especial en los dos primeros capítulos, en los cuales se destaca que se va a examinar el periodo 1988-2007, lo cual, a primera vista, daría la impresión que estamos ante una obra coyuntural y casi periódica sobre el conflicto armado, de esas a que nos tienen acostumbrados, y hastiados, ciertos autores mediáticos. Pero no hay tal, puesto que esas fechas solo indican el punto de llegada, porque en repetidas ocasiones se dice –y luego se hace en cada capítulo– que la dinámica del conflicto no puede entenderse sin una perspectiva de larga duración, en la que se articulen los procesos históricos de tipo estructural con los fenómenos coyunturales del corto plazo. Además, se precisa que el estudio de la territorialidad necesita de una mirada amplia que posibilite vincular las formas de apropiación específicas del territorio, con el control de la población y de su fuerza de trabajo, así como la presencia limitada del Estado central. Esto supone considerar los diferentes procesos de colonización en una región que en los dos últimos siglos ha estado abierta al flujo de población procedente de otros lugares del país, al mismo tiempo que es una zona en la cual, de manera permanente, se han presentado conflictos en torno a la apropiación y explotación de recursos naturales (quina, caucho, petróleo, coca...), hasta el momento actual. Ahora bien, todo esto genera resistencia de la población subalterna, lo que caracteriza la historia de la macrorregión hasta el día de hoy.

En el plano teórico se hacen unas consideraciones puntuales en las que sobresalen las relaciones entre guerra y Estado, a partir de la crítica a algunas

visiones sobre la formación del Estado en Europa, sobre las que se afirma, con toda razón, que son limitadas para entender el caso colombiano. De una minuciosa contrastación teórica con diversos autores (entre quienes se destaca a Charles Tilly), se concluye que el Estado colombiano no se separó de la sociedad, se constituyó en un engranaje en las disputas territoriales por el poder con agentes locales, no fue capaz de concentrar la coerción en instituciones centrales, lo que le imposibilitó concentrar apoyo político y financiación para impulsar proyectos nacionales. Además, ese Estado se ha inclinado en forma preferente por defender los intereses de ciertas clases y sectores, en contra de las clases subordinadas, lo que en las regiones ha significado la consolidación del poder de élites locales con gran poderío frente a un poder central fracturado. Esta ausencia parcial del Estado ha traído como consecuencia que la población local haya recurrido a sus propios métodos para solucionar sus problemas, incluyendo el de la violencia. Por ello, “en cada región ‘periférica’ se tejó un abigarrado tapiz de relaciones sociales que oscilaban entre la institucionalidad formal y la ilegalidad, y precisamente en este escenario de ambivalencias y fisuras sociales y políticas se instaló con cierta facilidad el conflicto armado irregular a mediados del siglo XX” [págs. 73-74]. En consecuencia, el Estado llega en forma tardía a esas regiones y hace presencia, en principio, a través de sus órganos represivos que persiguen y criminalizan a los grupos sociales más débiles, a aquellos que menos capacidad de negociación tienen frente a los poderes locales, regionales y nacionales. “Éstos se constituyen en el enemigo interno y son identificados con rasgos que hacen todavía menos posible la negociación y el reconocimiento, no importa que sean civiles” [pág. 74]. En esas condiciones, el Estado ha optado por negociar con mediadores clientelares, lo que suscitó una diferenciación entre las subregiones, en las cuales esa intermediación corría a cargo de los partidos tradicionales y otras subregiones, en las que emergieron fuerzas políticas alternativas. En estas zonas, desde hace varios decenios, los grupos insurgentes han contado con su propia

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>base social, que ha soportado la persecución y criminalización, primero del Estado y más recientemente de un “tercer sector”, ligado al Estado en forma contradictoria, como lo es el paramilitarismo.</p> <p>Luego de establecer las precisiones teóricas indispensables, los autores proceden al estudio sistemático en los siguientes capítulos de las subregiones del Meta y Casanare (capítulo 3), el Ariari (capítulo 4), Arauca (capítulo 5), Cúcuta y Catatumbo (capítulo 6) y Magdalena Medio (capítulo 7). Aunque en cada uno de estos capítulos se mantiene en términos generales unidad y coherencia, sin embargo se observa que el análisis es más minucioso y sistemático en el caso del Meta, Ariari y Arauca, un poco menos en el caso de Norte de Santander, mientras que el último capítulo desentona del resto de la obra, tanto en extensión como en calidad analítica. Dada la extensión y complejidad del estudio microrregional que se adelanta en este libro, es muy difícil presentar una síntesis de cada uno de los casos que se abordan. Simplemente deben señalarse algunos aspectos centrales. Se hace un recuento histórico de largo plazo, que remite a los dos últimos siglos, en los que se destaca lo específico del poblamiento regional y de la apropiación territorial y se recalca en los conflictos que acompañan los diversos tipos de colonización. Se destaca también, en tiempos más recientes, la diversa inserción de los grupos insurgentes y su relación con colonos y campesinos, se señalan las diversas fases del conflicto en términos militares y políticos y se concluye con el análisis del arribo de los paramilitares y la acentuación de la guerra por parte del Estado en la primera década del siglo XX. Sobre sale el análisis del paramilitarismo y la mal llamada “parapolítica”, sobre lo que se proporciona una abundante información que permite comprender en cada caso el tipo de vínculos que se establecen entre el Estado central, los poderes regionales y los ejércitos paramilitares. Como se realiza un análisis temporal amplio que va más allá de lo coyuntural, quedan en evidencia los ciclos de la guerra irregular, de donde se puede concluir que, a pesar de la andanada del Estado y de los paramilitares, la insurgencia no</p>	<p>ha sido derrotada, aunque existan regiones en las que han sido golpeados, principalmente porque el Estado y los paramilitares han desarticulado sus bases sociales de sustentación, como se evidencia en Norte de Santander.</p> <p>En contra de los análisis de sentido común y de difusión mediática, en este libro los autores muestran que la presencia de los movimientos insurgentes es de vieja data, de varios decenios, y se soporta en diversos elementos de tipo histórico y reivindicativo, que no se reducen, por ejemplo, al ciclo de la coca. De igual forma, se analiza la violencia de los últimos treinta años como una respuesta de las élites regionales a los temores que suscitaron los tenues procesos de democratización que resultaron de las conversaciones de paz desde tiempos del gobierno de Belisario Betancur, y al surgimiento de la Unión Patriótica como una fuerza electoral que pudiera poner en riesgo los poderes locales. Por ello, esas élites regionales recurren al paramilitarismo, como una opción armada que se encarga de minimizar las amenazas que se desprenden de los posibles acuerdos entre el Estado central y los movimientos insurgentes. En ese orden de ideas, no sorprende que las oleadas de paramilitarismo –esto es de masacres y expulsión de población campesina– se acentúen en los momentos en que se presentan diálogos entre el Estado y la insurgencia.</p> <p>Una tesis interesante que se plantea y sustenta en los diversos capítulos del libro se relaciona con el hecho que mientras la insurgencia está ligada a las zonas periféricas y marginales, el paramilitarismo se encuentra vinculado con los lugares, incluyendo ciudades, que se vinculan con la economía central y que obtienen ganancias de diversas actividades empresariales, comerciales, exportadoras y agroindustriales, diferentes a la economía campesina.</p> <p>Como todo libro que se respete, este es polémico de principio a fin, por algunas de las tesis que sostiene. Por ejemplo, para señalar solo un caso, no queda claro del todo porqué no resulta válido afirmar que el paramilitarismo es un proyecto del Estado [págs. 136 y sigs.], y a esto se contraponen la “aparente autonomía” de las Autodefensas, cuando diversa información muestra</p>	<p>hasta la saciedad los nexos entre esos grupos de autodefensa con diversos órganos y miembros del Estado, algo que va más allá del famoso sofisma de “unas cuantas manzanas podridas”. Que el paramilitarismo tenga variantes territoriales y esté ligado a poderes locales, no supone, ni mucho menos, que no responda a una política de Estado –“recomendada” incluso por los Estados Unidos desde comienzos de la década de 1960–. Este hecho no puede desconocerse, porque supone dejar a un lado el papel central del Estado en el fomento y persistencia del paramilitarismo y verlo como un instrumento que fue “tomado”, una tesis que por lo demás los autores cuestionan con argumentos serios.</p> <p>Muchas cosas más se podrían decir sobre este importante libro. Lo que sí queda claro es que quien lo lea, al final tendrá una visión distinta sobre el conflicto colombiano, porque este no es un texto apologético sobre la política contrainsurgente de los últimos años, ni tampoco es un “documento periodístico”, si por tal entendemos un escrito ligero y superficial, con verdades de sentido común mediático. En este libro se ha asumido una perspectiva amplia e interdisciplinar que desentraña la problemática macro y microrregional de la violencia contemporánea en el nororiente colombiano. Además, es un texto que rompe con las “verdaderas mentiras” que se han impuesto sobre la guerra en Colombia y da elementos de juicio para ir más allá de lo que plantea tanto el Estado como la academia de este país, cada vez más institucionalizada y a la derecha.</p> <p>Los reparos que se le pueden hacer a este libro son más de forma que de contenido, pese a que muchas de sus tesis sean polémicas y discutibles, pero eso no disminuye la seriedad y el rigor de la obra. Entre esas críticas formales queremos mencionar tres. En primer lugar, hay un autor principal del libro, lo cual quizá contribuya a explicar la unidad que el mismo preserva, que es Omar Jaime Gutiérrez Lemus, quien ha escrito los capítulos 1 y 2 [págs. 27 a 101], capítulo 4 [págs. 187-299, por sí solo un libro], y el capítulo 5 [págs. 301-361], es decir, un total de 246, que constituye más de la mitad del libro. Los otros tres autores han escrito cada</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>uno un capítulo y uno de ellos, José Darío Rodríguez, redactó el capítulo más breve y más flojo, el 7, sobre el Magdalena Medio [págs. 429-465]. Si así son las cosas, tenemos un libro un poco desequilibrado en el que hay un autor principal y otros secundarios, lo que hubiera ameritado una clarificación en alguna parte del libro, pero eso no se hace. En segundo lugar, hay un autor colado, que incluso aparece en primer lugar en la cubierta y la portada del libro, que es Fernán González, y decimos que es colado porque él no es autor de ningún capítulo de la obra, simplemente se limita a escribir un largo e innecesario prólogo. Es demasiado extenso ya que tiene diecinueve páginas (7-25) y en ellas se vuelve a contar lo que nos dice el libro con lujo de detalles, y es innecesario porque al final de cada capítulo los autores presentan varias páginas de conclusiones, en las que dicen lo que el prologuista vuelve a decir. Este es un prólogo por el estilo de los que escribe Otto Morales Benítez, que suelen ser más largos que el libro que presenta. Un prólogo no es un espacio para que un autor determinado, con toda la autoridad y sapiencia que pueda tener, deslumbrar y pontifique sin necesidad alguna, sino para que indique en forma sintética los aportes básicos de la obra que muestra. Hasta donde sabemos, si el prólogo es escrito por una persona distinta a los autores, esto no le da derecho a figurar como autor de un libro, así este sea colectivo, y mucho menos a que aparezca como el autor principal, que encabeza el listado de autores. Es evidente, que una cosa es el prólogo y otra el libro, en cualquier terreno que se sitúe la discusión. Otra cosa distinta sería que el prologuista fuese al mismo tiempo autor de uno o varios capítulos, lo cual no sucede en este libro. ¿Por qué aparece el personaje mencionado como autor? ¿Será que ese es un requisito de una de las entidades patrocinadoras del libro? ¿Debe aparecer como autor de un libro alguien que no lo es, pero, por algún poder externo de tipo institucional o por la fama del investigador, se obligue a los editores a que figure en la tapa como autor principal?</p> <p>En tercer lugar, este libro pierde agilidad –y eso de seguro ahuyenta lectores– por esa insoportable mezcla</p>	<p>de notas, unas entre paréntesis y otras de pie de página. Debería unificarse, y tratar de que las notas de pie de página sean solo de referencia y no que supongan un libro paralelo, como sucede en este caso, lo cual significa una tortura para el lector.</p> <p>Repetimos, todos estos elementos son de tipo formal, pero deben señalarse para que al publicar libros de tan alto nivel, como el que hemos comentado, no solo se piense en el rigor investigativo, sino en atraer lectores antes de alejarlos, algo que es estratégico en un país en el que cada vez se lee y se piensa menos.</p> <p style="text-align: center;">Renán Vega Cantor Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional</p> <hr style="width: 20%; margin: auto;"/>	